

LA TERTULIA



Año I.

SEMANARIO JOCO-SERIO

NÚMERO 6.

DIRECTOR:
Mariano Giménez.

Vecla 30 de Julio de 1911.
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Alfarerías, 8.

El capital de los pobres

III

La educación intelectual.

La educación intelectual, ó lo que particularmente llamamos los pedagogos simplemente *instrucción*, no es otra cosa que el desenvolvimiento armónico de las facultades mentales para la adquisición de conocimientos en los distintos ramos del saber humano. Ya sabemos que el alma posee facultades de diferente especie, fundamentales unas y auxiliares otras. La razón, por ejemplo, es una facultad fundamental, mientras que la memoria constituye una facultad auxiliar. La primera discurre, raciocina sobre las ideas; la segunda sirve solo para recordar los sucesos pasados; con la primera se investiga la verdad, al paso que con la segunda no se hace otra cosa que ver de nuevo lo anteriormente aprendido, sin añadir ni quitar (si es fiel) nada de lo estudiado.

El alma, podemos decir, que solo posee dos facultades fundamentales y una auxiliar, que son; inteligencia y voluntad y como auxiliar, la memoria. La inteligencia comprende la percepción interna ó conciencia, la percepción externa, la razón y las demás facultades auxiliares. El desarrollo de estas facultades se vá comprendiendo en España en la actualidad y los que nos dedicamos á la Pedagogía, procuramos con gran empeño su mejor desenvolvimiento; pero en lo que el magisterio español no ha parado mientes, ó por lo menos, no ha dedicado toda la actividad de su inteligencia, ha sido en el desarrollo de la voluntad, que tan grandes hace á los pueblos y tan felices á sus naturales. La voluntad, dirigida por una sana y fuerte razón, es como la piedra angular del gran edificio de la humanidad. Díganlo sinó, el imperio japonés que,

á pesar de contar con un escaso número de habitantes, ha sabido hacer comprender su superioridad educativa á una nación como Rusia, de 79.000.000 de habitantes; díganlo los simpáticos suizos, que están dando un elocuente ejemplo al mundo entero con su independencia, á pesar de su reducido territorio, habiendo conseguido ser los maestros del mundo en materia de educación; y si queremos un ejemplo más elocuente de los efectos de la dirección y desarrollo de la voluntad, miremos á esa república de Orange con su puñado de valientes, y nos dirán con gran placer, que sus antepasados dieron su sangre por la independencia de su patria, y á la manera de invictos espartanos, veremos como exclaman llenos de valor cívico: «nosotros no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber.» Habían muerto por su patria.

Ocrecib.

(Continuará)

Señor Alcalde; ¿se puede saber porqué artes mágicos ha pasado á ser propiedad de un particular el antiguo pozo concejil de Tobarrillas? Creemos y el pueblo con nosotros que no hay derecho á tales apropiaciones.

CRONIQUELLAS.

Los sesudos homes.

Estoy sentado en la terraza del café con el pitillo entre los labios, las piernas cruzadas y lejos del pensamiento, que vá tejiendo agradables aventuras en un país de ensueño.

Un grave señor panzudo y solemne, toma asiento á mi lado y con reposada voz y altivo continente, sóbrio accionado y protectora mirada, me dice:

—Hombre, parece mentira. No decís nada en el periódico. De unos chicos tan talentados y cultos, era de esperar grandes cosas.

—Que quiere usted señor. No alcanzámos más.

El grave señor se atusa el bigote, dá un golpecito con la derecha mano,

sobre el muslo correspondiente para hacer saltar la ceniza, y continúa solemne, hierático.

—Debiérais emprender una campaña seria sobre la cuestión de Marruecos; sobre los Consumos; sobre las aguas, algo que sea serio y que no *ástie*.

—Sí, sí, que no *ástie*. Repetí zumbón.

El buen señor,—que no es un conquistador como el popular D. Procopio —se ha estirado, ha encendido el cigarrillo apagado sin duda de emoción, me ha mirado mas compasivamente que nunca, y ha proseguido:

—Sí, mi querido joven. Hay *problemas* muy trascendentales; *trascendentísimos*, que debieran llamar la atención de la juventud fuerte y gallarda.

—Que sí señor—he exclamado lleno de entusiasmo por el brillante párrafo.— Pero esas campañas no pueden hacerse, porque no hay quien lea. ¡Ah, si todos fueran como usted, hombres buenos, sin vicios, llenos de sabiduría!...

—No tanto, joven, no tanto—ha dicho sonriéndose *por mor* de la pícara vanidad. Y llamando luego al mozo ha ordenado.

—Miguel; traete dos *golpecicos*.

—Sí, mi querido señor, si todos fueran como usted, estaríamos en el mejor de los mundos. Pero sí, sí; aquí no se ocupan mas que de murmurar y beber aguardiente. Eso sí que es grave; el aguardiente.

—Dice usted bien joven. El alcoholismo es uno de los mas funestos males que padecemos. Menos bebidas y mas libros. Ese es mi lema.

—Y el mio.—Y tras una pausa.— ¿Sabe usted que es muy rico este anís?

—Mucho, sí, señor.

—Miguel; traete otros dos *golpecicos*.

Y animado por el alcohol, el grave señor solemne y campanudo, me toca en el codo y confidencialmente me dice.

—Dispense; tengo que irme. Me espera una *gachí* ¡super!

Se ha ido el buen hombre, y yo he tenido una sonrisilla irónica para todos estos sesudos homes que dan consejos y beben aguardiente.

Cáspita.

Sr. de Portillo: negar una limosna por filantropía es lo mismo que negar á un pobre un pedazo de pan porque tiene hambre. Este rasgo de lucidez en V.,

